

“Y así fue que nos vinimos y nos quedamos a vivir.” Sedentarización, trabajo y vida urbana en el valle de San Quintín

Enrique Soto Aguirre*

ISSN: 2007-6851

p. 25-p. 31

Fecha de recepción del artículo: 11 de marzo de 2016

Fecha de publicación: agosto de 2016

Título del artículo en inglés: “That’s how we came here and settled’. San Quintín Valley’s sedentism, job market and urban life”
diariodecampo.mx

Resumen

En el presente artículo se ofrecen los primeros resultados del trabajo de campo realizado en septiembre de 2015 en diversas localidades semiurbanas de la región agroindustrial del valle de San Quintín, municipio de Ensenada, Baja California. En una primera aproximación etnográfica, esta etapa permitió recabar información sobre las estrategias de adquisición de vivienda desplegadas por las familias de jornaleros migrantes que deciden establecerse en la región y entender cómo el cambio en su estatus supone una nueva percepción de los trabajadores hacia el valle.

Palabras clave: agroindustria, jornaleros migrantes, vivienda.

Abstract

The following article shows the preliminary results of fieldwork done in September 2015 at several semi-urban locations in the agro-industrial area of the San Quintín Valley in Ensenada, Baja California. In an initial ethnographic approach, this phase of research involved gathering information about the strategies used by migrant labor families who decided to settle in the region to find housing and to understand how their change in status implied a new perception of the valley on the part of workers.

Keywords: Agro-industry, farmworkers, migration, housing.

Antecedentes históricos del valle de San Quintín

El valle de San Quintín se inicia a unos 120 kilómetros de la ciudad de Ensenada y tiene comunicación con ésta por medio de la carretera Transpeninsular. Aunque su delimitación geográfica es imprecisa, comprende una amplia extensión del municipio de Ensenada,¹ Baja California, donde se asienta un gran número de localidades rurales y algunas concentraciones semiurbanas (Delgado, en prensa; Velasco, Slolniski y Coubès, 2014). Existen al menos siete localidades con más de 2500 habitantes y dos con más de 10000 habitantes (Delgado, en prensa).

San Quintín no es una localidad reciente. Según un censo de finales del siglo XIX, en esa época había 126 pobladores extranjeros, sobre todo ingleses traídos por la Compañía de Desarrollo de la Baja California (*Ensenada...*, 1999). Con el arribo de estos colonos al valle también llegó la

* Profesor-investigador, Escuela de Antropología e Historia del Norte de México; comisionado en el Centro INAH Baja California; colaborador del equipo Frontera Noroeste, proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México, INAH (enriquesotoa@gmail.com).

¹ De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), el municipio de Ensenada tiene una superficie de 51 952 km² y es territorialmente el más extenso del país.

agricultura: para finales de ese siglo el cultivo de trigo por parte de los ingleses en San Quintín se intensificó e incluso se instaló un molino de harina con la maquinaria más moderna de esa época, del cual aún quedan algunos vestigios. Como parte de su infraestructura de operación, la compañía estableció el primer servicio postal de la región (*ibidem*: 209-210).

Como consecuencia de estos desarrollos surgió asimismo la necesidad de formar un centro urbano de importancia. Por eso la compañía se dio a la tarea de planificar una traza urbana de considerables dimensiones que dio paso a las primeras construcciones, entre las que se encontraban algunas casas, un hotel y el mencionado molino de harina (*idem*).

La tecnificación del campo también fue temprana, y desde los primeros ciclos de siembra y cosecha se hicieron experimentos para mejorar el cultivo de trigo, con lo cual se incrementó la producción de este cereal en el valle (*idem*).

La transformación del paisaje

La consolidación del valle de San Quintín como una región agroindustrial y agroexportadora tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo pasado, pero tomó auge a partir de la década de 1980 (Velasco, Slolniski y Coubès, 2014). Tal consolidación productiva se reflejó en la transformación del paisaje geográfico, que pasó de ser un amplio valle desértico a convertirse en un impresionante conjunto de ranchos dedicados a la producción de alimentos, en especial de frutas y verduras frescas producidas con una fuerte orientación hacia el mercado extranjero. Este nuevo paisaje geográfico compuesto de suelos nivelados, ranchos equipados con maquinaria de última generación, surcos trazados a la perfección y grandes extensiones de tierra cubierta de invernaderos evidencia a simple vista el empleo intensivo de avanzadas tecnologías de cultivo.

Las modernas superficies de cultivo que se suceden de manera interminable son sólo un elemento visual que transformó el valle; la intensificación y expansión de los mismos a lo largo y ancho de la región la convirtieron en un polo de atracción de mano de obra para el campo. Los jornaleros que llegaban de estados del sur del país, como Oaxaca, Guerrero o Chiapas, al principio siguieron un patrón de movilidad constante entre las principales regiones agroindustriales de entidades como Sinaloa, Sonora, Chihuahua y, por supuesto, Baja California. Con el tiempo, estos grupos de trabajadores

empezaron a encontrar condiciones propicias para establecerse de manera permanente en la región.

Así, en las últimas décadas se ha formado un sinnúmero de núcleos de población (Delgado, en prensa), la mayoría escasamente densificados y desarrollados sin planeación alguna. Tales núcleos son ocupados principalmente por estos trabajadores y sus familias en colonias fundadas, por lo general, sobre terrenos que antes fueron ocupados como tierras de cultivo y cuya capacidad productiva se agotó ya debido, entre otras razones, a la intensificación a que han sido sometidas.

Para el propietario del terreno antes fértil, la venta de lotes significa la última posibilidad de obtener una renta de la tierra; además, el asentamiento de familias de jornaleros asegura mano de obra barata cercana para los campos de cultivo que eventualmente abra en el futuro. En cuanto a los colonos jornaleros, la compra de estos lotes de tierra agotada representa la oportunidad de obtener un terreno de vivienda a un costo reducido y de pago a plazos.

La compra de terrenos y las estrategias constructivas que se describen a continuación hacen posible que miles de familias de trabajadores agrícolas tengan acceso a una vivienda propia. Lo anterior es también el principio de un cambio en la relación que establecen los jornaleros con la región, al transmutar su condición de trabajadores que acuden estacionalmente a ella por la de colonos asentados de manera regular (Velasco, Slolniski y Coubès, 2014). Para la región y sus autoridades, esta dispersión y proliferación de centros de población semiurbanos, los cuales surgen sin que medie un plan rector, dificulta la construcción de infraestructura urbana básica, como agua potable, drenaje y alcantarillado.

El proceso de sedentarización de estos grupos de jornaleros que deciden “hacer vida” en el valle con sus familias se construye sobre una trama compleja de circunstancias. Esta decisión es la consecuencia de una necesidad surgida a partir de la problemática realidad de las comunidades de origen de los trabajadores, quienes encuentran en el continuo desarrollo y crecimiento del valle de San Quintín una vía de solución a sus dificultades laborales.

En un primer plano, las comunidades de origen se ven continuamente depauperadas tanto por la falta de apoyo gubernamental como por las rudimentarias técnicas de labranza que hacen incosteable su producción. “[...] Ahí ya no hay mucho que hacer; sin agua y sin dinero, la comunidad se muere la mayor parte del año;



Fotografía © Claudia E. Delgado.

sólo quienes de plano ya no pueden trabajar y no tienen quien los traiga se quedan allá” (entrevista con un informante de la colonia Santa María, trabajo de campo, septiembre de 2015).

En el otro extremo, en la región de San Quintín –como en otras zonas agroindustriales del país– el empleo intensivo de tecnología hace posible aumentar las cosechas obtenidas durante el ciclo anual, lo cual propicia un mercado de trabajo que cada vez abre más la oportunidad de obtener distintos empleos en uno u otro rancho a lo largo del año (Velasco, Słolniski y Coubès, 2014).

La transformación de la geografía regional trajo aparejado un cambio profundo del paisaje sociocultural. Los ingleses que vinieron a colonizar esta región de la península de Baja California la compartieron más tarde con los primeros mestizos mexicanos y fundaron las primeras colonias del valle. La transformación tecnológica y el crecimiento y desarrollo de la agroindustria fueron los detonantes para que en las últimas tres décadas miles de jornaleros indígenas migrantes, en especial de estados del sur del país, decidieran que ésa sería la tierra donde se asentarían con sus familias.

Esta decisión ha tenido impactos sociales en todos los niveles, uno de los cuales es la alta heterogeneidad cultural de la zona: además de los mestizos sanquintinenses, en el valle habitan importantes grupos de mixtecos –provenientes de las tres áreas: la Mixteca alta, la Mixteca baja y la Mixteca de la costa–, triquis, zapotecos, nahuas y otros (Delgado, en prensa: 14). Cada uno de estos grupos indígenas reproduce de alguna manera sus referentes culturales, como el lenguaje y algunas de sus tradiciones. Aunque tal circunstancia supone un enriquecimiento cultural de la zona, asimismo representa un desafío en ámbitos como la educación, la salud e incluso la justicia, que están lejos de atenderse desde una perspectiva intercultural.

Un cambio importante para estos nuevos habitantes se manifiesta en su forma de vivir y percibir la región del valle, que en un principio atrajo a los jornaleros por su oferta de trabajo estacional. Sin embargo, determinadas condiciones la han convertido en un posible lugar de residencia permanente para estos trabajadores y sus familias, una situación que implica un cambio en el modo de vida, con el peso subjetivo y objetivo que re-

presenta. Una vez asentados se modifica su perspectiva sobre la región –que incluye el horizonte temporal–, ya que ahora sus expectativas y proyectos se prolongan incluso de manera transgeneracional: esta tierra debe y deberá cubrir las necesidades y expectativas de la generación presente y también de las futuras.

Al principio vine solo; ni siquiera venía como la mayoría, contratado desde el pueblo; venía dos o tres meses y luego me regresaba. Yo sabía electricidad y plomería y soldadura; entonces no me empleaba en el surco, sino en los talleres, y por eso sacaba más dinero. Una de las veces me embarqué con un lote en la San Simón [porque] me lo dieron muy barato y en abonos; yo creo que eso fue lo que me animó a traerme la familia. Duré como un año pagándolo y hasta el otro año pude hacer un cuartito que fui levantando los fines de semana. Ya cuando lo tuve estaba más o menos de planta en el rancho y pues me animé a traerme la familia [...] la cosa es que ya con familia no es la misma, hay que tener cosas en la casa y dónde dormir y comer y a dónde van a ir los chamacos a la escuela (entrevista con Ulises, 2015).

El testimonio anterior pone de relieve en forma implícita un asunto de vital importancia: la formación de colonias de jornaleros plantea un desafío muy grande en relación con la dotación de servicios para las autoridades de las distintas localidades donde se encuentran dispersos los nuevos asentamientos humanos y para los otros niveles de gobierno.

Aunque la dispersión es funcional en términos laborales, ya que por lo general los nuevos centros de población se desarrollan alrededor de ranchos o invernaderos donde se emplea esta mano de obra, la falta de planeación en la traza urbana dificulta y encarece la introducción y operación de servicios públicos para las viviendas –como agua, drenaje y electricidad– y dificulta las labores de seguridad. Si bien existe un sistema de transporte que asegura la llegada de los trabajadores a los ranchos, el trazo de las rutas no está diseñado para que la población en general atienda sus diligencias cotidianas, lo cual implica que muchos usuarios del sistema deban recorrer largas distancias desde la vivienda hasta las distintas paradas del transporte público.

El cambio más importante se refleja en la heterogeneidad social y cultural del valle. Según el *Censo de Población* realizado por el INEGI, en 2010 existían 43 centros de población con más de 100 habitantes; de éstos, 34 se clasificaron como poblaciones rurales y nueve como poblaciones urbanas y semiurbanas con

más de 2500 habitantes. Dos de estas últimas –las colonias Vicente Guerrero y Lázaro Cárdenas– concentran al menos a 40% de los habitantes (Delgado, en prensa: 3). Debido a que la región se inicia principalmente como un polo de atracción de mano de obra, resulta notorio que la mayoría de la población que habita estas localidades es justo la que se encuentra en edad productiva,² la cual representa 68.38% de la población total. La decisión que tomaron los jornaleros y sus familias de establecerse allí originó que la población infantil del valle también fuera un estrato visible que hoy representa 28.51% (*ibidem*: 7).

En general, la inmensa mayoría de los puestos de trabajo ofrecidos en la región exigen una escasa calificación, aunque son muy demandantes en el aspecto físico. Por eso el promedio de edad en que se agota la capacidad de trabajo para estas faenas es de 60 años –casi 5% de la población rebasa esa edad– (*idem*). Existen varias razones que explican que este grupo poblacional esté aumentando su presencia en la región: una de ellas es el hecho de que algunos de los primeros migrantes asentados ya alcanzaron esa edad, pero han decidido quedarse en la región pues allí se encuentran ahora sus hijos, nietos y gran parte de su familia. Otra más se refiere al hecho de que la falta de oportunidades de trabajo para la población joven en las comunidades de origen los está obligando a desplazarse a regiones como San Quintín. Además, la decisión de quedarse en forma permanente por parte de las parejas jóvenes con hijos encarece su vida, pues implica una serie de nuevos gastos que afrontar, entre otros los relativos al cuidado de la familia mientras están en el trabajo. A fin de cubrir estos gastos se debe multiplicar el tiempo invertido en el trabajo productivo, lo cual resta tiempo de atención a los miembros menores de las familias. Para muchas de estas parejas la solución ha consistido en activar estrategias tradicionales de reproducción familiar, como el encargo de los hijos a los padres, quienes por su edad ya no se emplean en el campo.

De acuerdo con la información recabada en trabajo de campo, es más barato y práctico pagar el traslado de los padres y su manutención una vez que se ha obtenido una vivienda, que tratar de conseguir una guardería o incluso pagar a los vecinos por el cuidado de los hijos. Algunos de estos miembros de la tercera edad han aprovechado la oportunidad para vender en sus casas mercancía variada que consiguen en los tianguis que se

² El INEGI considera población en edad productiva a aquella de 12 años y más.

multiplican por todo el valle, o incluso los viajes de trabajo que hacen los hijos a Estados Unidos en diferentes épocas del año para conseguir ropa, juguetes, herramientas y utensilios de cocina también para vender.

Nosotros venimos con mi hija y mi yerno, pero vimos que el trabajo es pesado y muy difícil para gente de nuestra edad. Mi señora y yo nos volvimos al rancho y aquí se quedó m'ija y su familia. Cuando tuvieron la casa y se salieron de la cuartería nos pidieron que nos devolviéramos para ayudarles con los nietos, y pues yo tuve que ver en qué me ocupaba. De cualquier forma iba a ser difícil si nos quedáramos allá en Oaxaca, porque ya no los íbamos a ver en mucho tiempo (entrevista con don Manuel, 2015).

Construyendo el proyecto de una vivienda propia

La posibilidad de tener acceso a una vivienda propia está fuertemente anclada a la maximización de la capacidad de ahorro de la familia. La vivienda propia implica también un cambio en la perspectiva que los jornaleros tienen sobre la región. Para ellos y sus familias la región se transforma de un espacio puramente laboral a un lugar para vivir, con todo lo que esto implica.

Tuvimos que dejar de ir a San Juan para ahorrar lo del pasaje; sólo enviábamos el dinero que damos a la comunidad. Dejamos de ir porque nos ofrecieron este terreno y había que pagarlo. Vinimos aquí con mi hija y mi otra hija y su esposo. El vendió su Volkswagen que tenía allá cuando decidieron que ya se iban a quedar aquí; con eso dieron un abono y lo demás lo pagamos trabajando todos. Cuando ya tuvieron su casa, vivimos un tiempo con ellos aquí y yo me puse a vender zapatos usados aquí, porque ya me cansaba mucho para ir al surco. Mi señora sí seguía yendo al campo y entre los dos ahorramos y ya compramos y construimos nuestra casa, allá donde nos vimos ahorita (entrevista con don Fermín, 2015).

Como se ha mencionado en otros estudios sobre los jornaleros, por lo general éstos son “enganchados”³ en sus comunidades y trasladados en grandes grupos a las diversas zonas agroindustriales del país (Velasco, Sloniski y Coubès, 2014). A partir del enganche los jornaleros establecen un compromiso⁴ por tiempo o trabajo

³ “Enganchar” significa que un *broker* acude a las comunidades de origen de los jornaleros y les ofrece un contrato de trabajo, transporte y una estancia en los ranchos donde prestarán su mano de obra.

⁴ El compromiso tiene su origen en los gastos del traslado de los jornaleros, que en ocasiones son cubiertos por el futuro patrón.

determinado con el dueño del rancho contratante. A su llegada a la región, se les aloja en cuarterías⁵ construidas en los ranchos, cuya permanencia puede durar desde pocos días hasta varios meses, según la intensidad y exigencia de las tareas a desarrollar.

Hay casos en que los trabajadores consiguen otro puesto de trabajo en el mismo rancho, de modo que su estancia en las cuarterías se prolonga durante años. Estos alojamientos pueden ser compartidos por varios trabajadores o ser ocupados por una sola familia. En ocasiones pagan una cuota semanal por el uso de estos espacios. De cualquier forma, el uso de este sistema habitacional implica una posibilidad de ahorro para los jornaleros, que de otra forma necesitarían pagar rentas más costosas fuera del rancho. A lo anterior tendrían que sumar los gastos de transportación de la casa al rancho, así como los de alimentación.

Llegamos como todos, en un camión que fue por nosotros allá a San Juan, de donde somos. Nosotros vivimos ahí mucho tiempo [en las cuarterías]. Mi yerno ya estaba de bombero allá en el rancho y el capataz le había agarrado muy buena estima. Por eso le avisé de estos terrenos y le dio chanza para pagar (entrevista con don Fermín, 2015).

La estancia prolongada en un rancho se convierte en una oportunidad para construir redes sociales que se activan al decidir prolongar la estancia en la región. Entre otros aspectos, estas redes son útiles para conocer otros lugares de trabajo que resulten más redituables u ofrezcan mejores condiciones laborales y de estancia, o bien ofrecen una oportunidad cuando se agota el trabajo para el que inicialmente llegaron.

Si estás en las cuarterías es difícil que conozcas a otra gente, porque tu trabajo casi siempre es en el surco y no te dejan salir, y adentro, aunque vive mucha gente, rara vez haces amigos [...] eso es muy importante. Los compas son los que te jalan a otros trabajos; hay que estar trucha de dónde hay jale cuando se acaba donde estás y también hay que ver dónde pagan más y quién te puede enseñar cosas para salir del surco. Hasta para agarrar un lote para tu casa o juntar material es importante que conozcas gente; si no, no sales de donde mismo, nomás andas en tu mundito (entrevista con un informante, 2015).

⁵ Conjuntos de pequeñas habitaciones desprovistas de toda comodidad y con escasa infraestructura, dispuestas en barracas cerca de los lugares de cultivo, donde se alojan los jornaleros a su llegada a la región.

Incluso antes de decidirse a establecerse en definitiva en la región, las redes funcionan como canales de comunicación entre los que se quedan y los que regresan a su comunidad. Durante el periodo que dura el contrato y en que están alojados en las cuarterías, el tiempo en que permanecen fuera de ellas es limitado. Por eso tales redes posibilitan la movilidad regional de los trabajadores.

Conocer la región implica asimismo estar al tanto de las oportunidades que ofrece el mercado del suelo para vivienda. Como ya se explicó, la mayoría de los asentamientos humanos florecen dispersos en terrenos que al principio fueron destinados a la agricultura, pero que debido a la intensidad de los cultivos ya agotaron su capacidad productiva. En aras de maximizar la renta del suelo, los propietarios seccionan los terrenos en lotes habitacionales que por lo general venden a sus trabajadores a precios muy bajos y a veces en abonos, lo cual los hace atractivos, incluso si se toma en cuenta que se hallan escasamente urbanizados.

Estas colonias sólo cuentan con una traza y apertura de calles, mas no con equipamiento urbano como agua, energía eléctrica ni drenaje, y es lejano el tiempo en que dispondrán de servicios como escuelas, tiendas de abarrotes, rutas de transporte público, dispensarios, clínicas o servicio de recolección de basura. Aunque suelen conservar el atractivo de estar cercanos a los lugares de trabajo, se encuentran alejados de los centros de población importantes donde se concentra la mayoría de los comercios y servicios de la región.

Una vez que se obtiene un lote, se inicia la fase de construcción. Las viviendas se comienzan con la construcción de un cuarto que suele medir entre 20 y 30 metros cuadrados. Se trata de viviendas de autoconstrucción, y se puede decir que de carácter progresivo, ya que permiten al propietario desarrollarlas conforme acumula recursos y crecen las necesidades.

Tener una vivienda implica movilidad laboral, pues ya no se tiene el compromiso contractual con el patrón que es dueño de las cuarterías (Velasco, Słolniski y Coubès, 2014). Por lo general, al momento de iniciar su vida en una vivienda propia los trabajadores ya pasaron un tiempo considerable en los ranchos, lo que para muchos ha significado un periodo de aprendizaje de distintas tareas que pueden ser más redituables que el “trabajo en el surco” que se les ofreció a su llegada a la región.

Además de un terreno de bajo costo y la posibilidad de pagarlo a plazos, a lo cual se suma la reducción

de costos que significa la autoconstrucción, la cercanía de la región de San Quintín con la frontera es un factor que favorece a quienes deciden construir su vivienda, pues la mayoría edifica con materiales reutilizados desechados por algún rancho o construcción, o bien que fueron traídos de Estados Unidos por mayoristas que los revenden en la región.

Las viviendas se empiezan a construir en lotes que ya fueron limpiados y nivelados en su etapa productiva, lo cual facilita su cimentación y desplante. Una vez que se logra cubrir el pago del lote y se está en posibilidad de legalizar la propiedad, se programa la construcción, que por lo común se realiza en varias fases. En un principio es necesario delimitar la propiedad, para lo cual se utiliza todo tipo de material reutilizable, como hule de invernadero, tubos desechados, tablas, postes e incluso alambre o tubería de plástico perforada de la que se utiliza para el riego por goteo. Delimitar el terreno es una forma de evidenciar la propiedad y, por lo tanto, de evitar al máximo el robo de materiales.

La vivienda se inicia con la cimentación, para lo cual se construye una plancha de *block* de concreto enlazada con varilla o alambón de acero y unida con una argamasa de cemento y arena, de modo que una vez terminado el cuarto la plancha funcione como el piso de la vivienda. En la orilla de esta plancha se insertan anclas de varilla en varios puntos de cada uno de los cuatro costados, y posteriormente se fijan las paredes en las anclas. El material que se utilizará para el cimiento se va pagando a plazos y continúa almacenado con el vendedor hasta completar las cantidades necesarias. El día en que se programa la construcción, se realiza el traslado y se coloca. De esta forma se evita el robo de material, pues en la mayoría de las colonias la vigilancia policiaca es escasa.

Cuando tienes el lote y ya tienes un papel, empiezas a comprar material. En la ferretería puedes ir pagando el material y, cuando lo completas y tienes tiempo, entonces pides que te lo lleven al lote y construyes [...] no hay que llevar material al lote mientras no tengas todo completo, porque te lo roban” (entrevista con Ulises, 2015).

La siguiente etapa es la colocación de paredes, que también se adquieren una por una hasta tener las cuatro que formarán el primer cuarto. Las paredes suelen ser plafones preformados de formica o madera sólida traídos desde Estados Unidos que alguna vez formaron parte de casas prefabricadas; también se utilizan pla-

fonos de *triplay*, petatillo e inclusive macopan, aunque este último no es muy resistente a la humedad y dura poco. El costo de una pared oscila entre 500 y 600 pesos, según la medida: las más comunes miden cuatro y seis metros de largo por dos y medio de alto, y ya tienen los vanos para ventanas y puertas. Una vez completados los cuatro lados del cuarto, estos vanos se cubren con plástico de invernadero, pues colocar ventanas resulta costoso y poco práctico para la ventilación; además, las ventanas son robadas con frecuencia cuando la casa no está habitada en forma permanente.

La fase final es la colocación del techo, para lo cual se colocan vigas de madera a lo largo del cuarto con un metro de separación entre cada una; sobre éstas se montan los paneles de petatillo o *triplay* reutilizado, que se cubren con plástico negro para evitar las goteras en la medida de lo posible y prolongar la vida de la madera.

Una vez completada esta fase, la vivienda comienza a ser habitada por los hombres o por ellos y sus parejas. Es muy común que al principio no se tengan muebles, por lo que generalmente las cajas de cartón hacen las veces de cama. Con el tiempo y un mayor ahorro las casas se van equipando con fogones u hornos exteriores para cocinar, y a éstos se agregan algunos muebles como alacenas y cómodas conseguidas a bajo precio en los tianguis, así como algunos utensilios de cocina. Aunque este equipamiento parece mínimo, en el caso de las parejas con hijos o con padres adultos mayores que aún se encuentran en sus

comunidades posibilita que toda la familia se traslade a su nuevo asentamiento. En suma, este sistema constructivo hace factible que la vivienda siga creciendo sin mayores modificaciones, de acuerdo con las posibilidades económicas y con la necesidad de espacio de la familia.

La llegada de la familia densifica los lazos que se tejen con la región. El consumo de productos se incrementa y asimismo aumentan los gastos en general. Los asentamientos que se van llenando de familias inician la demanda de servicios y equipamiento. Los niños acuden a las escuelas y los de la tercera edad por lo general procuran tener trabajos más ligeros como intendentes en los baños, sirviendo alimentos en los campos o incluso instalando pequeños comercios en sus casas. A partir de ese momento la ciudad empieza a ser un lugar para vivir y no sólo para trabajar.

Bibliografía

- Delgado Ramírez, Claudia Elizabeth, "Perfiles sociodemográficos", en César Guerrero (coord.), *Diagnóstico estratégico para la conservación de la biodiversidad de Baja California*, México, Terra Peninsular, en prensa.
- Ensenada, *nuevas aportaciones para su estudio*, Mexicali, Departamento Editorial-Dirección General de Extensión Universitaria-UABC, 1999.
- Velasco, Laura, Christian Zolniski y Marie-Laure Coubès, *De jornaleros a colonos: Residencia, trabajo e identidad en el valle de San Quintín*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2014.